

EL BEATO LORENZO DE BRINDIS.

Nació Lorenzo en la ciudad de Brindis, del reino de Nápoles, en el año 1559. Guillermo Rosi é Isabel Masela fueron sus padres, ambos de las familias mas nobles de aquella ciudad. En el bautismo le pusieron el nombre de Julio César, que mudó en el de Lorenzo cuando vistió el hábito religioso. Apenas habia cumplido cuatro años cuando pidió con muchas instancias á sus padres le vistiesen el hábito de los frailes menores conventuales; y ellos no solo le vistieron este hábito, sino que le pusieron en el convento que estos religiosos tienen en dicha ciudad, para que aprendiese de ellos las letras y la virtud. Pero tuvieron poco que trabajar aquellos religiosos en la educacion de nuestro Lorenzo, porque toda su inclinacion aun en tan tiernos años era á la virtud y á los ejercicios de devocion: asistia al tremendo sacrificio de la misa con tal recogimiento, modestia y atencion que edificaba á todos: gustaba mucho de oír los sermones, y los escuchaba con un cuidado tan atento, que no solo retenia fácilmente en la memoria lo que decia el predicador, sino que copiaba todas sus acciones; y juntando otros muchachos y poniéndose en un lugar eminente, lo repetia con admirable propiedad y viveza: su maestro le componia algunos discursos morales, y él los aprendia con mucha facilidad y decia despues con tanta gracia que los mismos religiosos gustaban de oírle, y se los hacian predicar en el capitulo para que todos tuviesen esta satisfaccion. El arzobispo que supo la gracia con que nuestro Lorenzo predicaba, quiso tambien oírle, y fué á este fin á la pieza del capitulo, y le gustó tanto el discurso que quiso predicase en su catedral, como lo ejecutó muchas veces con aplauso y edificacion universal del concurso numeroso que acudia á oírle: cosa á la verdad muy extraordinaria y apartada de las reglas comunes de la Iglesia, mas digna de admirarse que de imitarse. No gastaba inútilmente el tiempo nuestro Lorenzo en sus tiernos años, pues todo lo empleaba ó en el estudio, ó en la oracion, ó en otros ejercicios devotos. Continuó este tenor de vida hasta que rayó en los catorce años de edad; y entonces habiendo fallecido su padre quiso su madre que volviese á su casa, para que la hiciera compañía y cuidase de los negocios domésticos. Pero nuestro virtuoso jóven que deseaba seguir los estudios, no quiso condescender á sus deseos, y para librarse de las súplicas é instancias con que le molestaba para que saliese del convento y se restituyese á su casa, con consejo de los padres conventuales se partió secretamente á la

ciudad de Venecia en busca de un tio suyo, llamado D. Pedro Rosi, sacerdote de vida muy ejemplar que era cura y rector del colegio de S. Marcos, donde se educaban muchos jóvenes en todo género de virtudes y letras: llegado felizmente á Venecia vió á dicho su tio, y arrodillado á sus pies le pidió su bendicion, diciéndole era su sobrino. El buen sacerdote con mucho regocijo le levantó y estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios de haberle traído á su casa un sobrino de tanto mérito: iba aun nuestro Lorenzo vestido de religioso; pero reflexionando el tio la nota que causaria en la ciudad el ver un muchacho de catorce años con estos hábitos, se los hizo dejar y le vistió del hábito clerical. Luego escribió Lorenzo á su madre una carta muy atenta y humilde, en la cual la daba cuenta de la resolucion que habia tomado, y la pedia perdon del disgusto que con ella la hubiese dado. En la casa de su tio tuvo nuestro Beato un tenor de vida muy admirable: dormia poco, y esto sobre la tierra y sin desnudarse jamás: traia á raiz de las carnes un áspero cilicio: todas las noches tomaba una sangrienta disciplina: ayunaba tres dias en la semana, en los cuales no tomaba mas que pan y agua, y en los demás dias solo añadia yerbas, frutas ó alguna ensalada: era sumamente humilde y obediente á sus maestros y á su tio, oyendo siempre de rodillas las amonestaciones y correcciones que éste á veces le daba: era exactísimo en el silencio, y de tan rara mansedumbre que nadie le vió jamás enfadado ni colérico, y aun en las disputas escolásticas cedia fácilmente para evitar altercaciones. Sobre todo era aficionadísimo á la santa oracion, y oraba con tal recogimiento que no se distraia ni se le iba su imaginacion á otros objetos, favoreciéndole tan particularmente Dios nuestro Señor en este divino ejercicio que los familiares le hallaban en el oratorio algunas veces postrado en tierra, derramando tantas lágrimas que corrian por el suelo; otras, enajenado de los sentidos, sudando copiosamente, y en algunas ocasiones le hallaban estático y tan fuera de los sentidos, que aunque le daban voces y le movian, nada oia ni sentia; pero á la menor insinuacion de su tio luego recobraba los sentidos, como si despertara de un sueño apacible. En este seminario concluyó Lorenzo los estudios de filosofia, y su tio le aplicó á la facultad de los sagrados cánones, y con su vivo ingenio y mucha aplicacion hizo tales progresos en las letras, que era el asombro de todos. Sucedió en este tiempo, que habiéndose embarcado para volverse del convento de los padres Capuchinos á su colegio de S. Marcos, se levantó de improviso tan furiosa tormenta, que todos los que iban en la embarcacion se daban

por perdidos; pero nuestro Lorenzo quitándose un *agnus* que llevaba en el pecho, hizo con él una cruz en el agua, y con esto se sosegó al momento aquella tormenta. Tenia nuestro Beato mucha afición á los padres Capuchinos: visitábales frecuentemente en su convento, que llaman del Redentor, y con licencia del tío que gustaba mucho de verle tan inclinado á esta santa religion, se quedaba muchos dias en dicho convento, levantándose á mañitines, asistiendo á las horas canónicas, y viviendo en todo como si fuese un religioso. Se hallaba ya en la edad de diez y seis años, cuando sintiendo todos los dias mayores impulsos de entrar en esta sagrada religion, pidió el hábito á Fr. Lorenzo de Bérgamo, que era provincial, el cual se le concedió desde luego con mucho gusto, y él mismo quiso vestírsele en el convento de Verona, adonde le enviaron á pasar el año del noviciado. En este año dió tales ejemplos de obediencia, de humildad, de una observancia exactísima de todas las reglas y ceremonias de la religion, y de todas las virtudes religiosas, que era la jefificación de todos los religiosos. Poco despues de haber tomado el hábito le asaltó un dolor de estómago tan fuerte, que ni de noche ni de día le permitia un punto de descanso: como su fervor era tan grande sufría su mal sin descubrirle, y cumplía todas las obligaciones de novicio como si gozara de una salud muy robusta; pero por fin, la palidez del rostro publicó á los superiores su enfermedad, y le aplicaron desde luego varios remedios para su curación; y habiendo entre tanto cumplido el año de noviciado, se resolvió no darle la profesion (que él tanto deseaba) hasta ver si convalecía de su enfermedad, y si era á propósito para llevar el peso de la religion. Sintió mucho Lorenzo esta dilacion, pero quiso el Señor que mejorase muy en breve de sus males; de modo, que en el dia 24 de marzo de 1576, un mes despues que habia cumplido el año del noviciado, hizo su solemne profesion. Dentro de pocos dias le enviaron al convento que la religion tiene en la ciudad de Padua, para que entre los grandes hombres que en todo género de letras florecen en aquella ciudad, se cultivase el talento extraordinario que Dios habia concedido á nuestro Beato. Concluidos allí los estudios, el general le envió patente de predicador, ordenándole que pasase á Venecia, para que en la iglesia de S. Juan el nuevo empezase este ministerio apostólico, no siendo todavía nuestro Lorenzo sacerdote por falta de edad. En esta iglesia predicó dos cuaresmas sucesivas, haciendo maravillosas conversiones; porque como sus palabras salian de un pecho todo poseido del amor de Dios y del zelo de la salvacion de las almas, enternecian y compungian hasta los pecadores mas

endurecidos. Luego se esparció por toda la ciudad la fama del jóven predicador, y las gentes de todas clases acudian á porfia á oírle, porque le habia dotado el cielo de un talento muy particular para la predicacion; pues á una voz dulce, clara y sonora, unia un aspecto grave y agradable, y un atractivo maravilloso, con que cautivaba los corazones de todos. Su elocuencia era admirable, pero natural, sin ninguna afectacion; y su ciencia tan prodigiosa, que á mas de saber con mucha perfeccion las facultades de cánones y teología, sabia de memoria toda la Biblia, y hablaba con toda perfeccion las lenguas italiana, latina, francesa, española, alemana, griega, caldea, siríaca y hebrea. Conocia profundamente los errores de los herejes y judíos, y las cavilaciones y sofismas en que los apoyaban; y tenia una particular gracia de Dios para desatarlos con facilidad, claridad y solidez; con lo que hizo un increíble fruto, no solo en los católicos, sino tambien en los herejes y judíos; muchísimos de los cuales, por la predicacion del Beato, y cooperando la gracia de Dios en sus corazones, detestaron sus errores y abrazaron nuestra santa fe. La predicacion de la divina palabra fué la principal ocupacion de nuestro Beato, y el ministerio sagrado, para el cual Dios nuestro Señor le habia elegido. Comenzó muy jóven la predicacion, y continuó constantemente este ministerio mientras le duró la vida. Predicó no solo en el estado de la república de Venecia, sino tambien en todos los demás estados y provincias de Italia: predicó en Baviera, en el Palatinado, en el arzobispado de Salisburg, en la Austria, Bohemia, Moravia, Sajonia y en el reino de Hungría, y siempre con maravilloso fruto de sus oyentes. En Mantua, Milan, Bolonia y otras ciudades de Italia eran tan numerosos los concursos de las gentes que acudian á oírle, que no cabian en las iglesias mas capaces, y muchas veces le era preciso sacar el púlpito á las plazas y en el campo. Predicando en la ciudad de Pavia, fué tan grande la impresion que hizo con sus sermones en los estudiantes de aquella universidad, que fueron muchos los que dejaron el mundo y se hicieron religiosos, y no pocos los que tomaron el hábito de los padres Capuchinos. Informado Clemente VIII de la profunda ciencia de nuestro Beato, y de la gracia particular que Dios le habia concedido para convertir á los judíos, le mandó predicar tres años consecutivos en la sinagoga de Roma, y nuestro Lorenzo lo ejecutó siempre en lengua hebrea con tanta solidez y facundia, y al mismo tiempo con tanta mansedumbre y agrado (no diciéndoles jamás cosa alguna de que pudiesen ofenderse) que todos le oían con gusto, y muchos movidos de Dios conocieron la verdad de nuestra fe y la

abrazaron; y los que no se convirtieron, le quedaron no obstante muy aficionados, y le respetaban como á hombre lleno de bondad, y de una erudicion y ciencia extraordinaria. Los superiores de la religion, que no pudieron ignorar el mérito extraordinario de nuestro Beato, le promovieron muy temprano á las primeras prelacias y oficios de la órden; era aun muy jóven quando le hicieron guardian del convento grande de Venecia, y siendo de solos treinta y un años le hicieron provincial de la provincia de Toscana, y seguidamente de la de Venecia: despues fué dos veces elegido definidor general, y en el año 1602 fué elegido ministro general de toda la órden. Quando de órden de Clemente VIII, y á peticion del emperador Rodulfo y del arzobispo de Praga, se enviaron capuchinos á Alemania, para fundar conventos de su órden en aquellas regiones, fué nombrado nuestro Beato visitador y comisario general para efectuar dichas fundaciones. El emperador, que estaba ya informado de la virtud de nuestro Lorenzo, se alegró mucho de este nombramiento: le dió varias audiencias en Praga, donde tenia su corte, y le concedió amplia licencia para fundar conventos en todos sus estados de Alemania; y el siervo de Dios, obtenida esta licencia, fundó varios conventos de su órden en Bohemia, Austria, Moravia, el Tirol, y en otras provincias del imperio. En este tiempo pasó nuestro Beato á la ciudad de Munich, llamado del duque de Baviera, donde libró á la duquesa su esposa de los espíritus malignos, que miserablemente la poseian; y teniéndola todos por estéril, y estando por esta causa los católicos muy desconsolados, porque faltando la sucesion, habian de pasar los estados de Baviera á un príncipe protestante, profetizó el siervo de Dios que la duquesa tendria sucesion, como se verificó despues con mucho júbilo de la Iglesia católica. El duque en vista de estos sucesos veneraba á nuestro Lorenzo como á hombre venido del cielo; le ayudaba él mismo la misa, y oia sus palabras y consejos como si fuesen inspirados por el mismo Dios. El siervo de Dios se valió de esta confianza del duque para empeñarle á defender la religion católica, y para hacer frente á los luteranos, que cada dia se hacian mas poderosos.

Quando fué general, visitó siempre á pié todas las provincias de su órden, no queriendo usar jamás de la dispensa que dan los sumos pontífices á los generales de los Capuchinos, de que puedan hacer la visita de la religion á caballo en la mula de su caballeriza, que á este efecto les regalan; y aunque llegase á sus conventos muy cansado, acudia solícito al coro al primer toque de la campana; no faltaba jamás á los maitines de la media

noche; dormia sobre las desnudas tablas, y tomaba el alimento con tal parsimonia, que apenas comia lo necesario para sustentar la vida. Aunque era tan duro y áspero el tratamiento que daba á su cuerpo, era muy suave, dulce y apacible con sus religiosos; los oia á todos con caridad, los consolaba en sus tribulaciones, los remediaba en sus necesidades, los dirigia en el camino del espíritu, y condescendia fácilmente á todo lo que le pedia, mientras que no fuese contra la observancia de la regla: encargaba esta misma suavidad á todos los prelados de la órden; deseaba á imitacion de S. Francisco, que todos los religiosos viviesen alegres y contentos; no le gustaba el nimio rigor, y desaprobaba altamente que se agravase el peso de las penalidades de la religion: *Creedme, padres, decia, el nimio rigor hace con las virtudes, lo que los grandes hielos con las flores y frutas, que todo lo abrasa y mata.* Pero la suavidad del beato Lorenzo no era una flojedad é indolencia que permite los abusos y la relajacion, por no tener espíritu para hacerles oposicion; sino un zelo prudente y caritativo, que siendo firme é invariable en el logro del fin, que es la observancia exacta de la regla, era dulce y suave en la eleccion de los medios ordenados á su consecucion. Con la práctica de estas santas máximas se enfervorizó mucho toda la órden; hubo muchos religiosos de espíritu elevadísimo, tres de los cuales son ya canonizados solemnemente por la Iglesia.

Conociendo los sumos pontífices el ardiente zelo y consumada prudencia de nuestro Beato, confiaron á su discrecion los asuntos mas importantes y mas intrincados del gobierno; le nombraron varias veces su embajador y legado á las cortes de los príncipes de la Europa; los mismos príncipes le honraron tambien en varias ocasiones con el carácter de su embajador, y el beato Lorenzo se vió obligado á asistir como tal en las cortes de los príncipes de Alemania, y en las cortes ó dieta del imperio; y con su zelo, estremada prudencia y grande crédito que tenia con los príncipes católicos, se enfrenó por entonces la herejia luterana, y revivió la religion católica, que estaba poco menos que estinguida en muchas de aquellas provincias septentrionales.

Movido el emperador Rodulfo de su devocion á los padres Capuchinos, quiso que pasasen algunos de ellos al ejército que tenia en Hungría, para que predicasen á sus tropas, y les administrasen los santos Sacramentos; nombró por cabeza de esta mision al beato Lorenzo, y solicitó á este efecto de Paulo V el breve conveniente; en este breve, que se despachó á 28 de mayo de 1606, concedió su Santidad muchas gracias y privi-

legios á nuestro Lorenzo, y á los religiosos que debían seguir el ejército. Era el general de estas tropas el archiduque Matias, hermano del emperador, el cual animado de las exhortaciones de Lorenzo, y de las promesas que de parte de Dios le hacia de conseguir una plena victoria de los enemigos, se determinó á atacarlos cerca de la ciudad de Alva Real, en un puesto muy ventajoso, y guarnecido de artillería, que ocupaban; pero los cristianos, aunque muy inferiores en número, les acometieron con tanto impetu y felicidad, que con espada en mano asaltaron y ganaron sus trincheras, y consiguieron de los bárbaros una victoria completa, á la cual se siguió la conquista de Alva Real, que evacuaron los turcos inmediatamente que hubieron perdido la batalla. Esta victoria, que dicen no costó sino treinta hombres á los cristianos, creyeron todos ser obtenida de Dios por las oraciones y merecimientos de Lorenzo; el cual durante el combate, montado á caballo y con una cruz en la mano, iba siguiendo las filas de los soldados, animándoles á la pelea, y haciéndoles invocar el santísimo nombre de Jesus. Permaneció Lorenzo en el ejército hasta la conclusion de la paz, que se verificó en el mismo año de 1606. Pero lo mas raro y estupendo en nuestro Beato es, que tantas ocupaciones exteriores, el vivir en las cortes de los príncipes, y el tener que tratar tantos negocios políticos, jamás le hicieron olvidar un punto las obligaciones de religioso. En medio de tantas ocupaciones jamás interrumpió el predicar á los pueblos la palabra de Dios, y siempre con nuevo espíritu y fervor. Como su corazón se abrasaba en las llamas de la divina caridad, no sabia hablar ni pensar sino en Dios; las plantas, las flores, las aguas, los montes, los valles y todas las criaturas le servian para elevar su mente y su corazón á Dios nuestro Señor. Este fuego de amor de Dios, que ardía en el altar de su corazón, le hacia despreciar todas las grandezas del mundo, y los aplausos y estimaciones de los hombres. Procuraba mantener este fuego del divino amor con el ejercicio de la santa oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus indispensables obligaciones. Pero en donde el Señor avivaba mas esta llama en el pecho de nuestro Beato, era al tiempo del santo sacrificio de la misa; son imponderables los favores y las gracias con que el Señor enriquecia á su siervo en este santo sacrificio; y por eso se detenía en él, singularmente en los últimos años de su vida, seis, ocho, y algunas veces doce horas. Al principio que fué sacerdote, no empleaba en la santa misa sino tres cuartos de hora; pero al paso que Dios le iba aumentando la devoción y el fervor, iba Lorenzo empleando mas tiempo en ella.

Empezaba la misa ordinariamente despues de maitines; porque habia obtenido facultad de Clemente VIII y Paulo V para empezar la misa á cualquiera hora despues de media noche; al principio la proseguia en una manera devota, pero regular, sin detenerse; pero así que entraba en la accion del sacrificio, y se acercaba á la consagracion, se suspendia de tal modo su espíritu, por la abundancia de celestiales consuelos con que Dios le favorecia, que quedaba inmóvil, estático y como fuera de sí; algunas veces arrebatado en espíritu daba muchas palmadas en el altar, y gritando decia: ¡Oh, Dios mio, dulzura de mi alma! ¡oh, amor mio, qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! otras veces sacaba de su corazón profundos suspiros; otras tan grandes gritos, que se oian de muy léjos; su rostro estaba á veces todo encendido, dando muestras de alegría; otras pálido y macilento, con que manifestaba su tristeza; y todos estos afectos paraban en una tan grande avenida de lágrimas, que bañaba seis ó siete pañuelos, que el ayudante tenia prevenidos para ponerlos á su tiempo sobre el altar.

El conde de Vizconti, caballero milanés, que servia en el ejército del duque de Baviera con grado de coronel, ayudándole una noche la misa en Munich el año de 1611, antes de acompañarle á la mision que hizo en varias provincias de Alemania, le vió estático y fuera de sí, levantado de la tierra mas de un codo; el cual raptó le duró por espacio de hora y media, como él mismo lo refirió despues al serenísimo duque: otro milagro sucedia cada dia en la misa del siervo de Dios; porque padeciendo él de dolor de gota, y teniéndole esta enfermedad inmóvil, deseaba no obstante celebrar la santa misa, y se hacia á este fin llevar en brazos al altar; al empezar á revestirse mejoraba, y al empezar el santo sacrificio quedaba sano, continuando la misa sin dolor alguno; y concluida la misa, y quitados los ornamentos, quedaba como antes imposibilitado y lleno de dolores.

Se acercaba el tiempo en que Dios queria premiar á su siervo lo mucho que habia trabajado por su gloria; se hallaba en el año 1318 en el reino de Nápoles, afligido entonces de las calamidades que son notorias; y para remediarlas, resolvieron las personas mas principales enviar al beato Lorenzo con el carácter de embajador del reino á Felipe III, para que con su habilidad y mucho crédito, consiguiese de aquel religioso corazón el alivio que su patria deseaba; á este fin, solicitaron y consiguieron del cardenal protector de la religion una carta de orden, en la que mandaba al Beato aceptase aquella embajada; el beato Lo-

renzo compelido de la obediencia, y para hacer aquel bien á su patria, aceptó aquel honor, y se embarcó para Lisboa, donde entonces Felipe III tenia su corte: llegó á esta ciudad á mediados de junio de 1619, y como los padres Capuchinos no tenian en ella convento, se hospedó en el palacio del marqués de Villafranca, su devoto; informado el rey de que habia llegado nuestro Lorenzo, mandó desde luego que le hiciesen venir á su presencia, le recibió con singular agrado y benignidad, y en esta y otras audiencias, le dió parte el beato Lorenzo de lo que ocurría en Nápoles, y aunque falleció antes de concluir su embajada, Felipe III concedió á aquel reino todo lo que se le habia pedido por parte del siervo de Dios; el cual á pocos dias de haber llegado á Lisboa fué acometido de una disenteria, que le rindió en la cama. En los cinco primeros dias de la enfermedad se levantó para celebrar la santa misa, pero en los demás dias hubo de contentarse con recibir la sagrada comunión, para la cual se preparaba siempre con el santo sacramento de la Penitencia; y agravándosele mas su enfermedad, recibió al Señor por viático en el dia de Sta. Magdalena, con aquella devoción, fervor y lágrimas que se deja discurrir: pidió despues la santa unción, y echando á todos los presentes su bendición (por obedecer á su confesor que se lo mandó) cerrando dulcemente sus ojos, entregó plácidamente su alma en manos de su Criador, á 22 de julio de 1619, en edad de sesenta años. Luego que se supo en la ciudad de Lisboa la muerte del Beato, se escitó una disputa entre los padres conventuales y observantes, sobre en cual de las dos iglesias se debia depositar el sagrado cuerpo, pero el marqués de Villafranca (habiendo obtenido el beneplácito del rey) dispuso que escondidamente fuese llevado á Galicia á su marquesado de Villafranca, y se depositase en un decente sepulcro, en la iglesia de las monjas de Sta. Clara, donde vivió una hija suya.

Beatificó al siervo de Dios el santo padre Pio VI, de feliz memoria, á cuyo efecto fueron aprobados los dos milagros siguientes.

El primero sucedió con Eugenia de Apusso, napolitana, la cual sangrándola un hábil cirujano, mientras estaba abriéndola la vena la rompió tambien una arteria, por no haberla podido sujetar el brazo, con motivo de las convulsiones que padecia la enferma. Empezó desde luego á salir tanta sangre, que no solo se llenaron muchos vasos de ella, sino que corria ya por la cama y por el pavimento; procuró el cirujano por todos los medios que dicta su arte, restañar la sangre, pero inútilmente; en este

conflicto, acordándose de que tenia un pedazo de uno de los pañuelos con que nuestro Lorenzo solia enjugar sus lágrimas cuando decia la santa misa, se le hizo traer y aplicar sobre la rotura de la arteria por el cirujano, y al momento se restañó la sangre, y se cerró la herida de tal modo, que ni una sola gota de sangre, ni la menor mancha se advirtió en el pedazo del pañuelo que se habia aplicado, ni quedó en la herida alguna señal de la cicatriz.

El segundo sucedió con Clara Corregra, milanese, la cual teniendo un cáncer en el pecho, que los médicos juzgaban incurable, por haber abierto en él una llaga tan profunda, que llegaba casi al corazon; invocando al beato Lorenzo, y prometiendo ayunar tres sábados en honor suyo, quedó perfectamente curada.

SAN PANTENO, PADRE DE LA IGLESIA.

ESTE sabio doctor, y varon apostólico, floreció en el siglo II: fué de nacimiento siciliano y pertenecia á la escuela de los filósofos estoicos. Por su elocuencia es llamado por S. Clemente de Alejandria *la Abeja Siciliana*. La estimacion que hacia de la virtud le introdujo al conocimiento y amistad con los cristianos, y prendado de la inocencia y santidad del trato y conversacion de ellos abrió sus ojos á la verdad. Estudió las Escrituras con los discípulos de los apóstoles, y su sed insaciable de sagrada doctrina le condujo á Alejandria en Egipto, donde habian establecido una célebre escuela de doctrina cristiana los discípulos de S. Marcos. Panteno no queria descubrir sus talentos; pero fueron descubiertos en breve y sacado de la oscuridad en que deseaba sepultarse su humildad. Puesto por regente de la escuela cristiana algun tiempo antes del año de 179, el primero de Commodo, con su doctrina y modo escelente de enseñarla levantó la reputacion de la suya sobre todas las escuelas de los filósofos, y las lecciones que les enseñaba como sacadas de lo mas florido de los apóstoles y de los profetas, daban luz y conocimientos grandes á todos sus oyentes, como dice de él S. Clemente de Alejandria, eminente escolar suyo. Los indios que traficaban en Alejandria le suplicaban que hiciese una visita á sus paises para que confutase á sus brachmanes. Vencido de sus ruegos dejó su escuela, y Demetrio que fué hecho obispo de Alejandria en el año de 189, le constituyó predicador del Evangelio en las naciones orientales. Eusebio nos dice, que S. Panteno ya halló en aquellas Indias sem-

brada anteriormente alguna semilla de la fe y un libro del Evangelio de S. Mateo en hebreo, que llevó allí S. Bartolomé. El Santo le trajo á Alejandria cuando volvió de haber empleado zelosamente algunos años en instruir á los indios en la fe. Gobernaba á la sazón la escuela pública S. Clemente, pero Panteno continuó enseñando privadamente hasta que en el reinado de Caracalla, por consiguiente año de 216, acabó una vida gloriosa, dejando una reputacion de virtud y de sabiduria poco comun.

La misa es en honor de S. Fermin, y la oracion es la que sigue:

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría en la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Fermin; concédenos la gracia de

La Epístola es del capítulo 10 de la del apóstol S. Pablo á los Romanos.

Hermanos: todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Como, pues, invocarán á aquel en quien no creyeron? ¿Como creerán á quien no oyeron? ¿Como oirán sin

predicador? ¿Y como predicarán, no siendo enviados? Como está escrito: ¡Cuan bellos los pies de los que evangelizan la paz, y evangelizan los bienes!

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Atribúyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que comunmente nos consigue la salvacion. Ella es el primer fruto de la fe, el instrumento ordinario de que se sirve la esperanza, y como el principio connatural que produce la caridad. Por eso es el ejercicio casi continuo de la religion. Al mismo tiempo que honra al Señor, rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, humilla tambien al hombre, siendo como un práctico reconocimiento, y una sencilla confesion de su insuficiencia y de sus miserias, y le alcanza presto los auxilios de que tiene necesidad.

¿Como oirán si no hay quien los predique? Estas palabras

produjeron en todos los siglos dentro de la Iglesia católica zelosos misioneros, que se arrancaron del seno de su patria para llevar la luz del Evangelio á diferentes naciones; acreditando despues su valor y la felicidad de sus empresas, que eran enviados del mismo Dios, y que el mismo Señor que los enviaba, disponia el terreno donde queria que sembrasen el grano de la divina palabra. ¡Oh, y qué diferencia hay entre los ministros de Jesucristo, y los de aquellas sectas que formó el error! Todas aquellas que se caracterizan y se distinguen por el espíritu del error y de la parcialidad, no muestran otro zelo que el de engrosar su partido, y seducir á los hijos de la Iglesia. Digannos si no ¿qué zelo han manifestado de atravesar los mares, para buscar entre los montes, entre los salvajes tantas pobres reses descaminadas como andan errantes fuera del redil? Siempre muy solícitos por esparcir sus errores en aquellos países donde se encuentran todas las comodidades de la vida, y donde ellos hallan abundantemente cuanto han menester para satisfacer sus conveniencias personales; nunca fueron objeto de su zelo, ni los iroqueses, ni el Japon, ni el Canadá. Sin duda que para tranquilizar su falta de caridad cristiana en este particular, se quiso persuadir la mayor parte de los herejes, que Jesucristo no habia muerto por la salvacion de todos los hombres, y consiguientemente que seria ocioso fatigarse en ir á predicar á los bárbaros la fe de Jesucristo. Pero los Apóstoles, todos los hombres apostólicos, y todos los verdaderos hijos de la Iglesia, persuadidos á que Jesucristo redimió con su preciosa sangre las almas de todos los hombres, no hicieron distincion entre el judío y el gentil, entre el europeo y el africano, entre el escita y el cafre. Ni la barbaridad de los pueblos, ni las horrorosas incomodidades del país, ni la falta universal de todas las conveniencias de la vida, fueron bastantes para entibiar el zelo animado del espíritu de Dios. Esta fué siempre la caridad de los verdaderos hijos de la Iglesia. El falso zelo, ó por mejor decir, la pasion de todos los herejes, nunca se esplicó sino en morder, en desacreditar y en perseguir á todos los que no siguen su partido. La indiferencia con que todas las sectas estuvieron viendo al bárbaro y al idólatra vivir y morir en sus tinieblas, es una prueba de que ninguna de ellas fué aquella verdadera Iglesia universal, única esposa de Jesucristo.

¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian la paz! Parecen tan bellos á los ojos de Jesucristo, dice Origenes, los pies de los hombres apostólicos, que él mismo los quiso lavar. La pureza que conservan caminando entre la inmundicia del siglo; las continuas fatigas de sus zelosas escursiones; la velocidad con que

corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos ángeles de la tierra parece que con efecto tienen alas en los pies, como aquellos ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado, son lo que mas aflige á los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan á Dios. *Non omnes obediunt Evangelio.* Así como hay muchos cristianos que no obedecen al Evangelio despues de haberle creído, así tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos despues de haberle oído.

El Evangelio es del capítulo 16 de S. Juan.

En tiempo que Jesucristo se entristece, porque se arriesga su vida; pero despues de dar á luz el hijo, ya no se acuerda de la opresion, por el gozo de haber nacido un hombre al mundo. De este modo vosotros ahora teneis tristeza; pero cuando os vea segunda vez, se alegrará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestro gozo.

MEDITACION.

De las concurrencias mundanas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, ostenta y desenrolla el mismo mundo todos los muebles mas tentadores que tiene; en que todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son esas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad, donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en ellas su papel, y entre los que asisten, pocos dejan de ser asunto á la burla de los demás. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lástima y la diversion del concurso. Funciones en que la disimulacion se llama buena crianza, á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian; son una verdadera comedia, de la

cual sale cada uno muy satisfecho de sí mismo, y muy poco del otro. En ellas reina cierta esmerada profanidad que cada dia se hace mas contagiosa; cierto refinamiento de diversiones, muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el ejemplo, y un aire de esparcimiento, que engaña con su aparente alegría. En ellas reinan las máximas del mundo, tan contrarias á las máximas de Jesucristo; y en ellas se insinuan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen. ¡ Buen Dios! ¡ qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡ qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza, porque todo se aparenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perezca solo á violencia de ruidosos golpes de viento. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos; es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perece sin estruendo. ¡ Con todo eso ninguno desconfia de semejantes concurrencias! En ellas preside el espíritu del mundo, y en ellas intima todas sus máximas como otras tantas leyes. Mas que sean duras, mas que aprisionen la libertad, mas que sean impías, no es lícito contradecirlas. Parece que es el mundo como el ídolo de todo aquel concurso. A este ídolo van cada dia algunas madres cristianas á sacrificar sus inocentes hijas, á esta escuela las llevan ellas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones. ¡ Y despues nos admirarémus de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! A estas concurrencias mundanas se debe el que se perpetue el espíritu del mundo, la relajacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas, son manantial de muchos desórdenes, y digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el dia de hoy tan pocas virtudes cristianas en el mundo; que en todo reine la ostentacion, la profanidad, y una general corrupcion de costumbres; ¿ pero qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos ejemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gra-